

Gauchos : identidad, identidades

Juan Carlos Garavaglia

Résumé

"Le gaucho, identité et identités".

C'est à partir de 1872, année de la publication de trois grandes œuvres littéraires [José Hernandez : El gaucho Martín Fierro, Buenos Aires, 1872 ; Hilario Ascasubi, Santos Vega o Los mellizos de la Flor. Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campanas y praderas de la República Argentina (1778-1808), Paris, 1872 et Los très gauchos orientales, Montevideo, 1872, d'Arnaldo Lussich] que la figure du gaucho a commencé lentement à prendre des allures mythiques sur les deux rives du Río de la Plata et dans le Río Grande do Sul, au sud du Brésil. Pour l'Argentine et l'Uruguay, ces deux jeunes nations latino-américaines touchées de plein fouet par les conséquences de l'arrivée de fortes vagues d'immigration européenne, la découverte de ce personnage permettait de s'inventer une tradition propre. Le gaucho finira par être considéré comme un type idéal et, en 1910, un écrivain comme Leopoldo Lugones ira jusqu'à le comparer au Cid ! Pour l'Argentine, le gaucho représente le passé mythique de " la nation ".

Citer ce document / Cite this document :

Garavaglia Juan Carlos. Gauchos : identidad, identidades. In: América : Cahiers du CRICCAL, n°30, 2003. Mémoire et culture en Amérique latine, V.1. pp. 143-151;

doi : <https://doi.org/10.3406/ameri.2003.1615>

https://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_2003_num_30_1_1615

Fichier pdf généré le 16/04/2018

Gauchos: identidad, identidades

Presentamos aquí muy brevemente un aspecto parcial, el que corresponde a la Argentina, de una investigación sobre el papel del gaucho en el imaginario nacional y regional que estamos realizando con colegas uruguayos y riograndenses.

Veamos cómo expone un historiador, Raúl Fradkin, el problema del papel del gaucho en la configuración de algunos de los elementos constitutivos de la « nacionalidad » argentina:

Au début du XX^e siècle, le *gaucho* fut élevé au tout premier rang des symboles du panthéon national argentin. C'était lui faire subir une véritable mutation : de figure délictueuse, il devenait un archétype. Cette métamorphose, et sa rapide et profonde consécration dans l'imaginaire social, fut le fruit d'un processus socio-culturel complexe, aux voies multiples et ponctué d'étapes nombreuses, à travers lesquelles la société argentine tenta de trouver une réponse à la question de ses origines. Pour cela, fut convoqué un mythe littéraire qui offrait un modèle exemplaire de conduite à une société en proie à de profondes et brutales transformations.¹

Es decir, de este modo, se operaba una doble transformación: la de una existencia humana en paradigma y la de un personaje histórico en arquetipo. Y sobre todo, a través de la enorme repercusión y éxito de difusión que tendría una obra literaria mayor, el *Martín Fierro*, el gaucho pasaría en poco menos de medio siglo — entre 1870 y 1920 — de ser una figura delictiva, es decir, de ser considerado un vagabundo y hasta casi un salteador de caminos, a constituirse en el arquetipo de la nacionalidad argentina en pleno proceso de invención. Sabemos que este camino signado por el triunfo del *Martín Fierro* a partir de 1872, había sido preparado desde hacia casi un siglo por un género literario muy peculiar, la literatura *gauchesca*; recordemos que ésta no era una literatura *de* los gauchos sino un género nacido en la ciudad, pero que hablaba *de* ellos y *como* ellos (ese *como* siempre es algo difícil de demostrar, pero podemos aceptarlo como premisa; las fuentes de los archivos judiciales nos dan elementos como para suponer que la proximidad entre el lenguaje de la *gauchesca* y el habla de los paisanos era, en efecto, bastante cercana).

1. El personaje, sus nombres y la realidad

Como es sabido, ríos de tinta han corrido en el intento de averiguar de donde viene el nombre de gaucho y todas las hipótesis posibles han sido echadas a rodar: origen castellano, portugués, vasco, mapuche, qeshwa e incluso árabe. No tenemos la menor intención de internarnos en esas

1. « Les centaures de la pampa. Le gaucho, entre l'histoire et le mythe », *Annales*, Paris, EHESS, en curso de publicación.

movedizas arenas. Recordemos entonces a uno de los primeros textos públicos — es decir, destinados a ser publicados — que intenta explicar que es un gaucho. En 1845, Francisco Muñiz escribió *Voces usadas con generalidad en las Repúblicas del Plata, la Argentina y la Oriental del Uruguay*. Allí definió gaucho como el nombre que designaba a los « campesinos bien sirvan como peones en la ganadería o en la labranza; se designa también con este nombre a todo campesino civil. También se los llama Camiluchos y güazos »; la referencia interesa pues muestra que se ha disipado ya su sinónimo del siglo XVIII, *gauderio* que se empleaba frecuentemente en el Uruguay y el sur de Brasil y además porque « camilucho » era un término de amplio uso en el norte argentino y « güazo o huaso » en Cuyo y Chile. Sin embargo, Muñiz se vió en la necesidad de aclarar otros usos: « Gaucho alzado: que andan por los campos más solos o siempre alerta »; « gaucho neto »: « Hombres errantes, sueltos y sin domicilio por lo general criminales perseguidos por la justicia o por la autoridad militar en virtud de desertión, que sólo se ocupan de andar en hierras, o marcaciones de ganado, corridas de caballos, tabernas y casas de juego de un pago en otro »; y « Gauchipolítico »: « Gaucho que pretende salir de su esfera, y que siendo un ignorante se entromete a discusiones políticas por pura presunción, porque le engríen considerables bienes de fortuna, o porque la casualidad o el favor le han colocado en un empleo para el cual no tiene aptitudes. »

Estas definiciones tienen una relevancia capital para nosotros porque el autor, médico rural, es hijo de una familia de labradores de San Isidro en las cercanías de Buenos Aires y durante mas de treinta años — que incluyen la fecha de redacción de este vocabulario — vivió y ejerció en el pueblo de Luján, un villorrio rural típico de la zona de vieja colonización de la campaña bonaerense. Se trata entonces de un testigo de excepción que nos muestra las diversas acepciones que tenía en esa época el vocablo. Destaquemos tres de ellas: a) *gaucho* = paisano, es decir, campesino (la palabra paisano se usaba todavía en esos años en España con ese sentido, al igual que « paysan » en francés¹); b) *gaucho neto* = hombre errante perseguido por la justicia (el adjetivo « neto » era en la época de uso común para decir « puro », como en « federal neto », lo que quería insinuar que el « verdadero » gaucho era aún concebido de este modo). Unos años antes, en 1830, un alcalde de Andrés de Giles, también en la misma región, se refiere « a dos individuos con cuchillo y ebrios », afirmando « los cuales me parecen ser gauchos »², éste es un documento excepcional pues raramente ya en esta época se habla en los documentos de archivos de gauchos y menos en

1. Ver el *Diccionario Castellano con las voces de Ciencias y Artes y sus correspondientes en las tres lenguas Francesa Latina e Italiana*, del padre Esteban de Terreros y Pando [Madrid, Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, 1788], « paisano » quiere decir, además de « conterráneo » [sic] « Labrador, aldeano » y para que no queden dudas, acude al francés « *Paisan* » [en el francés actual *paysan*] y al italiano « *Contadino* ». Recuérdese que ese es el nombre que hoy se usa en el área rioplatense para hablar de la gente de campo.

2. Archivo del juzgado de paz de San Antonio de Areco, San Antonio de Areco, 1830.

la acepción de « fuera de la ley », pero, como vemos estas dos fuentes son coincidentes, aun cuando para Muñiz ésta sea ya la segunda acepción, después de campesino; c) *gauchipolítico* = la palabra se hizo célebre por uno de los tantos periódicos satíricos del padre Castañeda en la década del veinte¹ y nos habla del « Gaucho que pretende salir de su esfera y que siendo un ignorante se entromete a discusiones políticas por pura presunción »; resulta evidente la percepción de un costado « público » en esa tercera acepción.

Veamos ahora lo que nos dicen las fuentes cuantitativas acerca de la población de la campaña de Buenos Aires. Los censos de 1813/1815, que nos dan un total de 42.762 habitantes, muestran a una población fundamentalmente agrupada en familias, pero, en donde hay también jornaleros y esclavos como trabajadores dependientes. La *ratio* entre esos trabajadores dependientes y los hacendados, estancieros y labradores jefes de unidades censales, es de alrededor de 1.30, es decir, un poco más de un trabajador dependiente por unidad productiva. En 1854, con una población que ha crecido enormemente, a una tasa anual cercana al 3% y que llega ahora a los 177.040, esa *ratio* se mantiene inalterada alrededor de 1.30 nuevamente (ahora sin los esclavos, que han prácticamente desaparecido). Y en 1869, en ocasión del primer censo nacional, con una tasa de crecimiento que sigue siendo muy alta, llegamos a un total de 317.320 habitantes y en este momento — cuando ya la economía de la región ha entrado claramente en el boom lanero — la *ratio* sigue estando en una cifra menor a 1.5 personas por empresario agropecuario, sean éstos ganaderos o labradores. La tasa de masculinidad que era de 119 en 1815, ha pasado a 126 en 1854 y a 125 en 1869². Es decir, todos estos indicadores demográficos muestran una realidad en donde las unidades familiares siguen siendo uno de los pilares de la producción agraria y nos aleja de un mundo productivo en el que estancieros y peones dominarían en exclusividad. Por supuesto, algunas categorías ocupacionales de estos censos — bajo ese nombre de « jornaleros » o « peones » — muestran ese perfil que se atribuirá después a los « gauchos »: solteros, con una edad media de alrededor de 28/30 años, de sangre mezclada y en su gran mayoría [alrededor del 70%] migrantes del norte, de Cuyo y del litoral rioplatense (en donde la población tienen cercanos orígenes indígenas y mestizos). Pero, lógicamente, estos mestizos, solteros y migrantes, han sido tomados por el censo — que puede ser asimilado a una fotografía instantánea — en un momento de su ciclo de vida. Muchos de ellos, la mayor parte quizás, harían pareja años después, sea en la campaña de Buenos Aires o en sus respectivos pueblos y comenzarían así

1. *Del Desengañador Gauchi-Político*, cuya portadilla rezaba « Federi-montonero, Chacuaco-oriental, Choti-protector y Puti-republicador de todos los hombres de bien, que viven y mueren descuidados en el siglo diecinueve de nuestra era cristiana » [*chacuaco*= toscos, chapuceros].

2. Las cifras de 1815 en Canedo, M. *et al.*, « De la tierra del gaucho a la sociedad rural bonaerense. Los trabajadores de la campaña de Buenos Aires a principios del siglo XIX », mss, 2002. Los datos de 1854, en *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1854; los de 1869, en *Primer Censo de la República Argentina*, Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1872.

otra etapa, una etapa doméstica de su ciclo de vida como campesinos pastores y labradores¹.

Es decir, esos censos de la campaña de Buenos Aires que se extienden hasta 1869, muestran una realidad en donde las familias campesinas de pastores y labradores eran la abrumadora mayoría. Tan típicos del paisaje social de la campaña eran estos labradores y pastores, que la mayor parte de la primer poesía « gauchesca » los evoca constantemente, dándoles un lugar central en su trama poética². Otro tanto ocurre con el propio Martín Fierro, quien no desdeñaba uncir el yugo para arar y *supo* tener en mejores épocas de su vida hacienda, casa y familia en campo arrendado. También, la tía que acoge a uno de los hijos de Fierro poseía « un rodeo regular y dos majaditas de ovejas »³ o como le sucedería a otro *gaucho malo* célebre, Juan Moreira, quien había tenido, allá en un épico momento de su feliz pasado, hacienda, casa y familia⁴. Perfil similar es el del migrante santiagueño Rufo Tolosa, el *aparcero* de Santos Vega en la versión de Ascasubi⁵. Hasta Vizcacha, prototipo del paisano pícaro y amigo de lo ajeno, había poseído familia y hacienda⁶. Es notable como el peso posterior de la imagen del mítico gaucho « libre como el viento », terminó borrando de todos estos itinerarios previos, ese componente familiar y productivo.

Lógicamente, elegir como arquetipo nacional a un solitario jinete, sin casa y sin familia, que vive únicamente para atravesar la llanura a galope tendido [los ejemplos podrían ser citados de a miles, recordemos solo a Lugones cuando habla del « gaucho viril sin amo en su pampa »], esto resulta mucho más atractivo que hacerlo de un pequeño chacarero o un humilde pastor de rebaños. Estas son figuras demasiado poco protéticas para simbolizar a la nación. Es decir, para que el gaucho cumpliera su destino mítico como emblema máximo para argentinos, uruguayos y riograndenses, era indispensable despojarlo de ataduras terrenas, era imprescindible que apareciera desnudo de lazos familiares o de preocupaciones productivas.

1. Ver nuestro libro *Les hommes de la pampa. Une histoire agraire de la campagne de Buenos Aires, 1700-1830*, Paris, Maison des Sciences de l'Homme / École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 2000. Para un balance historiográfico de la producción última al respecto, ver Garavaglia, J.C. y Gelman, J., « Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense (1750-1850) », *Historia agraria*, 15, Murcia, 1998, pp. 29-50.

2. Consultar, por ejemplo, "Un gaucho de la Guardia del Monte contexta al manifiesto de Fernando VII y saluda al Conde de Casa-Flores...", de Bartolomé Hidalgo, en *La Lira Argentina*, Buenos Aires, 1824, como así mismo, la "Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano de todo lo que vió en las fiestas Mayas de Buenos Aires en 1822", también de Hidalgo y el "Dialogo de dos gauchos, Trejo y Lucero" (ca. 1835), de Manuel de Araucho, ambas incluidas ahora en Rivera, Jorge B., *Poesía gauchesca*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. En todos estos casos, los protagonistas poseen pequeños rodeos de ganado y no falta también quien se preocupe por los precios del trigo.

3. Ver HERNÁNDEZ J., *Martín Fierro*, edición crítica a cargo de Elida Lois y Angel Núñez, Paris/Barcelona, Colección Archivos, Université de Paris X-CNRS-UNE, SCO2001, p. 1036 y 2125-2126.

4. Cf. GUTIÉRREZ Eduardo, *Juan Moreira*, con prólogo de Josefina Ludmer, Buenos Aires, Perfil, 1998, en especial, las p. 5-23.

5. ASCASUBI H., *Santos Vega ó Los mellizos de la Flor. Rasgos dramaticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la Republica rgentina (1778-1808)*, in *Obras completas*, 3, Paris, P. Dupont, 1872.

6. HERNÁNDEZ J., *Martín Fierro*, edición crítica a cargo de Elida Lois, *op. cit.*, p. 2542-2545.

Pero, además, en sociedades que en ese entonces, a fines del XIX, eran ya las más altamente urbanizadas de América latina, con una presencia creciente de la inmigración europea, era indispensable que éste fuera un nexo vital con la tierra, con el *humus* primordial. El gaucho surge realmente de la tierra. Esta noción *herderiana* de la nación, no es nada original, pues se halla detrás de la mayor parte de los procesos de invención de la nación que conocemos desde inicios del siglo XIX¹. La relación estrecha entre la tierra y el alumbramiento de la nación resulta un *topos* clásico del proceso de invención de la tradición, en tanto tradición « nacional ».

2. Las construcciones míticas

No podemos en este reducido espacio de tiempo rastrear los antecedentes de este deslizamiento en la figura del gaucho — los nombres de Ascasubi, Sarmiento, Miguel Cané padre, Mitre, López y algunos otros serían de indispensable recurrencia en los prolegómenos — y nos referiremos sólo al momento liminar de ese alumbramiento mítico a partir de una serie de obra literarias. Obviamente un año clave es 1872 con José Hernández y *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, 1872; Hilario Ascasubi, *Santos Vega o Los mellizos de la Flor. Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778-1808)*, París, 1872 y *Los tres gauchos orientales*, Montevideo, 1872, de Arnaldo Lussich. Habría que esperar a 1915 para que los riograndenses se agregaran a esta lista con la publicación en Porto Alegre, de Antonio Chimango, un largo poema gauchesco compuesto en sextinas o *sextilhas* por un casi desconocido cuyo *nom de plume* era Amaro Juvenal [Ramiro de Barcellos]. Por supuesto, los especialistas discutirán hasta el cansancio acerca de las respectivas influencias de unas obras sobre otras que no es lo que nos interesa aquí. Sobre todo, porque una parte apreciable de esa discusión se reduce a vulgar cháchara nacionalista escondida detrás de argumentos literarios. Volvamos entonces al caso argentino.

Será entonces a partir del análisis de las obras de Ascasubi — importante es señalar que éste sitúa a su *Santos Vega* en el periodo colonial, dándole así al gaucho una antigüedad venerable y por lo tanto, más adecuada para servir de soporte simbólico a una nación tan joven — y de Hernández (como del otro *Santos Vega*, el de Rafael Obligado) que varios autores, entre los cuales citaremos solo a unos pocos, darán inicio al proceso central de esta invención mítica centrada en la figura del gaucho. Una diferencia notable entre ellos es su mayor o menor hispanofilia, un elemento que comienza a jugar un papel importante en este proceso, a medida que la inmigración europea comience a ser sentida en forma creciente como una amenaza. Según Ernesto Quesada, tres rasgos definían inicialmente al gaucho: su origen andaluz, su condición de cristiano y su pureza. Esta perspectiva buscó el sustento de la autoridad de estudiosos españoles como

1. HOBBSBAWM, E. y RANGER, T., *La invención de la tradición*, Barcelona, Eumo, 1988; también THIESSE, A.-M., *La création des identités nationales. Europe, XVIIIe-XXe siècle*, Paris, Editions du Seuil, 1999.

Menéndez y Pelayo y, en especial, en Miguel Unamuno para quien « el gaucho es un tipo profundamente español » y el *Martín Fierro* « el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fue a América a servir de cruzada a la civilización, y a abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría ». La conclusión de Quesada era terminante: « Los gauchos argentinos, en definitiva, no son sino los andaluces de los siglos XVI y XVII, transplantados a la pampa ». Carlos Octavio Bunge diría hacia 1910: « Santos Vega es la más pura y elevada personificación del gaucho. Es el hijo, es el señor, es el dios de la Pampa. Su historia [...] representa el destino de una raza y es la síntesis de su epopeya »¹. Es así como la palabra clave que comienza a tener un lugar determinante en esta construcción es la raza.

Pero, indudablemente, Leopoldo Lugones es la figura central de esta elevación mítica. En su *Historia de Sarmiento*, Lugones no dudaba en identificar al gaucho como mestizo, pero, posteriormente en *El payador*, afirma que si el gaucho histórico era un mestizo, *Martín Fierro* era la expresión de una « raza hercúlea », pues había triunfado allí donde los conquistadores españoles habían fracasado: en la lucha por la pampa contra los indios. Pero este gaucho hercúleo y superior es, sobre todo, el gaucho cantor, el payador, el "elemento precioso de la nacionalidad". Nuevamente, la apelación a la raza aparece en un lugar determinante. Lugones además, operó otra alteración que presupone en realidad una auténtica inversión: la barbarie que otrora era atribuido por Sarmiento a los gauchos, se ha desplazado ahora y ha pasado a los *gringos* — en el sentido rioplatense, es decir, los inmigrantes europeos — convirtiendo a los gauchos en esa raza hercúlea y civilizadora. Claro, la amenaza social son ahora los inmigrantes urbanos llegados de la Europa mediterránea, muchos de ellos altamente politizados y no los ya domesticados paisanos.

Sería otro intelectual de nota, perteneciente también a la elite, Ricardo Rojas quien afirmaría que "una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales, pero éstas son actividades de la conciencia colectiva de un pueblo" y, por lo tanto, mientras territorio y el estado son el « cuerpo de la nación », el idioma y la memoria son su "alma". Desde esta perspectiva, el *Martín Fierro* llega « a ser para la nación argentina algo muy análogo a lo que es para la nación francesa la *Chanson de Roland* y el *Cantar del Mío Cid* para la nación española [...] un género épico, de creación colectiva, cuyo autor fue nuestro pueblo ». Como Lugones, Rojas postula la condición mestiza del gaucho, pero, a diferencia de aquel, el mestizaje ha dado lugar aquí a una selección virtuosa: el argentino tiene tanto las virtudes del indio (el sentimiento por el medio) como del español (el sentimiento del idioma) pero además ha desarrollado algo propio: el « sentimiento de la libertad individual » que « fue el rasgo épico del gaucho y la base natural de nuestra

1. FRADKIN R., « Les centaures de la pampa... », *loc. cit.*

democracia ». La conclusión es clara y precisa: « Hay en el *Martín Fierro* un tipo humano: el *gaucho*; y una acción épica: la lucha del protagonista con su medio. Ese medio es la pampa, o sea el crisol de nuestra raza y la sede de nuestra nacionalidad ».

Años más tarde y ya en pleno prolegómeno peronista, Manuel Gálvez, afirmaría « Si no hay ya gauchos, en el poema de Hernández están nuestra pampa, nuestro espíritu nacional y nuestro carácter. La altivez estupenda del gaucho se prolonga en la altivez del argentino y en la altivez de nuestra política internacional ». Es decir, una vez desaparecido el gaucho — Bioy Casares señaló una vez con fina ironía que ello ocurre normalmente siempre setenta años antes de quien escribe, sea cual fuere el año del que se trate¹ — nos queda finalmente la pampa, esa tierra nutricia de la que surgen el « espíritu nacional » y el « carácter » de los argentinos. Nuevamente, la relación entre la tierra nutricia y la nación aparece con prístina claridad, siendo el hilo conductor la equivalencia ya señalada: *Martín Fierro* = gaucho = argentino. Por supuesto, desde Roberto Giusti a Borges, pasando por mucho otros, diversos intelectuales argentinos negaron explícitamente esta relación (y remitimos aquí a un estudio de Paul Verdevoye al respecto²), pero es obvio que, como diría el propio Borges « El *Martín Fierro* que leemos todos no es el de Hernández, es el que leyó Leopoldo Lugones », y años antes ya había insinuado con su habitual humor « Lugones exaltó a ese desventurado a paladín y lo propuso como arquetipo. Ahora padecemos las consecuencias ». En efecto, esa asimilación entre el poema, su personaje central y « el gaucho » (nótese que el arquetipo impide el uso del plural, no se habla de *los* gauchos, sino de *el* gaucho), estaba ya consagrada como eje simbólico mayor de la esencia constitutiva de la nación.

Pero, al lado de esta mitificación de la figura del gaucho realizada por los intelectuales urbanos, de la cual hemos solo esbozado aquí sus líneas más gruesas, existe también un proceso colectivo que va mucho más allá de las discusiones entre un puñado de pensadores surgidos de la elite. Es bien conocido el éxito de público que tuvo el *El Gaucho Martín Fierro*; en efecto, publicado en un folleto de unas 80 páginas, su éxito editorial en la campaña deja pocas dudas acerca de como fue su recepción por parte de los propios paisanos (la obra tuvo 11 ediciones entre 1872 y 1878, con un total de 48.000 ejemplares). Este éxito del *Martín Fierro* puede ser leído en realidad como una compleja forma de manifestación silenciosa de *protesta* y de *representación* de la población campesina. Pero, no sólo se trata de esta obra. Según recuerda Adolfo Prieto³, el éxito de la producción folletinesca « criollista », como la de Eduardo Gutiérrez también fue grande, pese al inmenso desprecio con que los « verdaderos » intelectuales la recibieron (solo Lugones reconocería a

1. Ver el pequeño libro — con fotografías de los años cincuenta y sesenta — y de una soberbia escritura *Memoria sobre la pampa y los gauchos*, Anábasis, Madrid, 1996 (su primera edición es de 1960).

2. « La identidad nacional y el *Martín Fierro* », HERNÁNDEZ, J., *Martín Fierro*, edición crítica a cargo de Elida Lois, cit., p. 733-767.

3. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

regañadientes su talento de novelista). En este caso, además y lo señaló muy bien Prieto, la filiación tipológica de algunas obras de Gutiérrez — por ejemplo, los versos de su *Santos Vega* — con el viejo cancionero castellano de los siglos XVI-XVIII, que gozaba de alta estimación en el mundo rural de donde venían gran parte de los migrantes campesinos (como lo mostraría años después el inmenso trabajo de recopilación de Juan Antonio Carrizo en las provincias del noroeste argentino), no hicieron sino acrecentar el prestigio y la popularidad de los personajes de Gutiérrez: Santos Vega, Juan Moreira, el Gaucho Hormiga Negra. Y así nacieron también centenares de centros criollos — en los cuales la participación de los inmigrantes tendría un papel destacado — y surgió así mismo, ese fenómeno tan peculiar y de llamativo suceso de público en la campaña que fue el Circo criollo, en donde se representaban algunas de los cientos de obras de teatro « gauchesco » (género de que tenía una larga tradición, pues, uno de los primeros textos que ha llegado hasta nosotros, *El amor de la estanciera*, es de fines del XVIII). Como se puede ver, hay aquí en estos fenómenos algo que se extiende mucho más allá de una docta discusión entre intelectuales de la elite urbana.

Y es interesante mostrar como, con un cierto *décalage* temporal, como ocurría con el poema *Antonio Chimango*, en Rio Grande do Sul asistimos al mismo fenómeno de los centros llamados allí de la *tradição*, la tradición (nombre que también será muy utilizado en la Argentina y el Uruguay para referirse a este tipo de herencia de pasado « criollo »; el 10 de noviembre, bautizado como el « Día de la Tradición », recuerda en la Argentina el nacimiento de José Hernández). Siguiendo el trabajo del estudioso riograndense Ruben George Oliven¹ acerca de este fenómeno, vemos que el primero de estos centros, el « Grêmio Gaúcho » fue fundado en 1898 y le siguieron varios otros, como la « União Gaúcha » de la ciudad de Pelotas, el « Centro Gaúcho » de Bagé y así sucesivamente. Ya en los años treinta, en las zonas de colonización alemana e italiana aparecieron también una « Sociedade Gaúcha » y un « Clube Farroupilha », repitiendo exactamente idéntico fenómeno que el de los « centros criollos » de Argentina, en relación al fenómeno de la alta participación de los inmigrantes en ellos. Ya en los años cuarenta y cincuenta la explosión de los centros de tradiciones Gaúchas será notable y ello se acompañó por un proceso complejo de recuperación (y de invención retrospectiva, por supuesto) de la epopeya de la *Republica de Piratini*, es decir de la experiencia *farroupilha* que, durante los años 1835-1845, había visto la creación de un estado independiente en Rio Grande do Sul. Así de este modo, la fuerte identidad regional de los riograndenses — ellos se consideran casi como si fueran brasileños por opción — tiene en la figura del *gaúcho* un punto de anclaje fundamental. Tan fundamental que el propio nombre con que se lo conoce regionalmente es el de *gaúchos*...

En el caso uruguayo el fenómeno no ha sido estudiado todavía con la misma minuciosidad, pero la existencia de una serie de revistas muy populares

1. "A la recherche des origines perdues. Le mouvement traditionaliste gaúcho au Brésil", *Etudes Rurales*, EHESS, n° 163-164, Paris, juillet-décembre 2002, en prensa.

como « El Fogón » y « El ombú », los trabajos del propio Lussich, Andrés Lamas, Justo Maeso, Eduardo Acevedo Díaz, Elías Regules, Alcides de María, Javier de Viana, Carlos Reyles, Florencio Sánchez, Yamandú Rodríguez y muchos otros, son testimonio de un proceso muy similar. Así mismo, con una discusión entre intelectuales acerca del lugar que el gaucho ocupaba en la construcción de la nación uruguaya que con frecuencia recibe ecos de las disputas del otro lado del Plata. La *Revista Histórica* de Montevideo recopiló en 1962 una parte de esas controversias realizadas durante el siglo XIX. Se presentan allí las disímiles opiniones de Andrés Lamas, Justo Maeso, Carlos Reyles, Javier de Viana y Abdón Arosteguy¹. De todos modos, notemos que si Buenos Aires no tiene ningún monumento al gaucho (nuevamente *al* gaucho arquetípico), éste trona orgulloso en el centro de Montevideo. Esa ausencia física en Buenos Aires quizás podría ser justamente un mudo testimonio de su onnipresencia simbólica: como si ningún monumento pudiera estar a la altura de su inmenso papel en el imaginario de la nación.

Juan Carlos GARAVAGLIA,
EHES, Paris.

1. « El tomo al gaucho y lo gauchesco », *Revista Histórica*, publicación del Museo Histórico Nacional, año LVI(2a. ép.), tomo XXXII, 94-96, Montevideo, 1962, p. 591-623.